

Informe Mensual de Seguridad Internacional – Septiembre 2008

LA CRISIS FINANCIERA Y LA SEGURIDAD SOSTENIBLE

Paul Rogers

Introducción

El Informe Mensual de Seguridad Internacional de Oxford Research Group se enfoca primordialmente en temas como los conflictos en Irak, Afganistán y Pakistán, la evolución de las políticas antiterroristas occidentales y el desarrollo de Al Qaeda. En ocasiones también cubre asuntos como la seguridad energética, el cambio climático y las perspectivas mundiales del acceso a alimentos. A la vista de la grave situación financiera que se ha desencadenado en los últimos meses, este informe aporta un análisis inicial del posible impacto de la crisis sobre la seguridad.

Este análisis se realiza en el marco del trabajo de ORG sobre seguridad sostenible que, a su vez, se sustenta en los análisis subyacentes de asuntos de seguridad que con más probabilidad ocuparán un espacio destacado en las próximas dos o tres décadas, definiendo cuatro tendencias principales.

En primer lugar, el aumento de las **divisiones socioeconómicas globales**. La mayor parte de los avances de las tres últimas décadas de crecimiento económico se concentran en unas manos de elites trans-globales de unos 1.200 millones de personas, principalmente concentradas en los países de la comunidad atlántica y oeste del Pacífico, pero con núcleos de decenas de millones en países como China, India y Brasil. Las mejoras educativas, de alfabetización y en las comunicaciones en las últimas décadas han aumentado la conciencia de muchas personas marginadas respecto a la injusta distribución de la riqueza. En circunstancias extremas, esta situación puede derivar en la revuelta de movimientos sociales violentos y extremistas, como los Naxalitas en India.

En segundo lugar, se prevé que el **cambio climático** tendrá profundos efectos en la mayoría de la población mundial que vive en las regiones tropicales y subtropicales, pero que carecen de los recursos económicos para responder a tormentas severas, aumento del nivel del mar y cambios drásticos en la distribución de las lluvias. Entre las consecuencias probables figura el aumento de las migraciones y la inestabilidad social y política.

En tercer lugar, **la competición por los recursos**, especialmente los energéticos de la región del Golfo Pérsico y otros lugares, que, de acuerdo a las tendencias actuales, representará una fuente creciente de tensiones y conflicto.

En último lugar, la fuerte predisposición de las elites poderosas a **mantener la seguridad por la fuerza militar** si es necesario, es de prever que genere efectos contraproducentes, como muestran las numerosas consecuencias de la guerra contra el terrorismo.

Contrarrestar estas tendencias implica un compromiso fundamental con la emancipación y la justicia socio-económica, lo que incluye el comercio justo, la cancelación de la deuda, la ayuda al desarrollo sostenible, una drástica reducción de las emisiones de carbono, el rápido aumento del uso de las fuentes de energía renovables y el desarrollo de políticas dirigidas a la prevención y resolución de conflictos que eviten el uso de la fuerza¹.

¹ Chris Abbott, Paul Rogers y John Sloboda, *Beyond Terror: The Truth About the real Threats to Our World* (London: Random House, 2008).

La crisis financiera y la experiencia histórica

La actual crisis presenta tres características principales:

- Es global. Aunque buena parte del énfasis se situó inicialmente en los mercados *sub-prime* de Estados Unidos, la crisis se ha extendido rápidamente a través del Reino Unido y toda Europa, y ha resultado en una caída del 60% de la Bolsa en Shangai en un año, grandes recortes en los mercados en buena parte de América Latina y crisis bancarias en Australia y Nueva Zelanda.
- Se ha tratado inicialmente de una crisis de liquidez y confianza del sector financiero más que un declive de las actividades industriales y comerciales, pero se espera que tenga un efecto sustancial sobre la industria y el comercio a medida que se reducen las fuentes de inversión financiera.
- Es probable que dure al menos dos años, con varios años más de recuperación.

Antes del asunto de las *sub-prime*, la economía internacional ya estaba afectada por un rápido aumento de los precios del petróleo y un clima general de un mercado boyante con el aumento del precio de las materias primas. Un efecto anticipatorio fue el incremento sustancial del precio de los alimentos, que tuvo un especial impacto en las comunidades pobres de todo el mundo².

La crisis de 2008 no es directamente comparable al *crash* de Wall Street de 1929, que no fue verdaderamente global; tampoco se puede comparar a los problemas de los mercados de valores en Europa de 1987, ni siquiera a la recesión que se extendió por toda Asia en los años 90, aunque tuvo algunas ramificaciones globales. La única crisis global comparable fue la de 1973-74. Entonces, movimientos unilaterales de los productores de petróleo árabes durante la guerra de Yom Kippur/Ramadán en octubre de 1973 precipitaron un marcado aumento del 450% en los precios del petróleo en diez meses, lo que resultó en una combinación inusual de estancamiento económico e inflación. Una cuestión paralela fue el rápido aumento del precio de los alimentos.

Los peores excesos de la crisis de los alimentos se evitaron en parte por un declive de su precio debido al inicio de la recesión, junto a la ayuda de emergencia procedente de algunos de los productores de petróleo, enriquecidos recientemente. La experiencia de la *estagflación* en los países industrializados resultó menos en un paso hacia las economías mixtas con un alto nivel de planificación del estado, y más en el desarrollo de las ideas de libre mercado, en la línea de lo que luego se denominó "Reaganomía" ("*Reaganomics*").

Los 25 años desde 1980 vieron el rápido desarrollo de la globalización del libre mercado que estimuló un crecimiento económico sustancial, pero con una notable falta de justicia socioeconómica y el ensanchamiento de las divisiones riqueza-pobreza. Cuando nos acercamos al fin de la primera década del siglo XXI, la combinación del aumento del precio del petróleo y sobreextensión económica, especialmente de los mercados *sub-prime*, ha dado como resultado una crisis bancaria transnacional.

Impactos en las comunidades pobres

Algunos aspectos de la presente crisis tendrán relativamente poco impacto en las comunidades pobres. Por ejemplo, el precio del petróleo es improbable que mantenga sus niveles actuales mientras la demanda cae debido a un declive de la actividad económica. Sería posible para los productores de crudo actuar conjuntamente para mantener altos los precios, pero no es muy probable debido a dos razones. La primera es que la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) no dispone de suficiente unidad política para ejercer control sobre el mercado, a diferencia del periodo 1973-74. La segunda se debe a que los fondos soberanos y otros vehículos de inversión de algunos estados ricos en

² Ver el informe mensual de mayo de 2008, *Alimentos, Pobreza y Seguridad*.

petróleo dependen de mercados de valores boyantes en América del Norte, Europa y Extremo Oriente. Mantener precios del petróleo muy altos tendería, por tanto, a dañar esas inversiones.

Unos precios del petróleo más reducidos resultarían de ayuda a los países pobres que luchan por cubrir los costes más elevados de sus importaciones de petróleo. Además, la reducción del precio del petróleo es probable que tenga cierto impacto en el precio de los alimentos, dando lugar al descenso de precios, lo que ayudaría mucho a las comunidades pobres.

Estas, sin embargo, están entre los escasos aspectos de actual entorno económico que podrían tener cierta ventaja limitada para la población más pobre. En casi cualquier otro aspecto el resultado es menos positivo. Por ejemplo, las economías débiles en los principales países que normalmente atraen migración laboral supone que las remesas de trabajadores a sus países de origen se reducirán a medida que el empleo se hace más escaso y los salarios declinan. Esas remesas no son sólo importantes en el sur y sudeste asiático, pero también son importantes para varias economías latinoamericanas. Además, aumentos de desempleo en países que son destino de trabajadores migrantes conducirá a una reacción contra esos trabajadores, como se ha visto recientemente en Sudáfrica. Esto se puede extender fácilmente para aumentar el apoyo a partidos políticos de la extrema derecha. Otra consecuencia temprana del revés económico será un declive del turismo internacional y los viajes. Sea el que sea el impacto negativo del turismo o tenga en las comunidades pobres, se da el caso de que existe alguna transferencia monetaria, y algunos estados pobres dependen de tales ingresos.

Más importante, un declive de la actividad económica tendrá un impacto sustancial en los precios de las materias primas, afectando los ingresos de las exportaciones para los países pobres para una amplia gama de materias primas que incluyen el cobre, plomo, café, té, azúcar, algodón y maderas nobles. Incluso ahora, muchos países del sur dependen de tales exportaciones de materias primas para una mayoría sustancial de sus ingresos por exportaciones. Es aquí que la experiencia previa es particularmente relevante en la crisis actual y sus efectos en la mayor parte del mundo.

¿Un nuevo orden económico internacional?

A principios de los años 70 un aumento sustancial del precio de las materias primas puso a las economías de la mayoría de los países industrializados bajo presión, especialmente porque experimentaban el aumento de los precios del petróleo. La Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) ya había estado intentando implantar un nivel de planificación a los mercados mundiales de materias primas, promoviendo acuerdos de forma individual, como café y plomo, ideados para proporcionar estabilidad junto a cierto aumento lento y sostenido de los precios. Se consideró que tales acuerdos ayudaban a alterar los términos de intercambio entre el tercer mundo y los países industrializados de una forma que mejoraría enormemente las perspectivas de desarrollo de los primeros.

A principios de 1974 las enormes fluctuaciones de los mercados de materias primas eran tan marcadas que países industrializados como Estados Unidos, Reino Unido, Francia y Japón estaban dispuestos a aceptar la necesidad de planificación del mercado internacional y se acordó una Declaración de un Nuevo Orden Económico Internacional en una sesión especial de la Asamblea General de la ONU en abril de 1974. El foco de esta propuesta era el Programa Integrado de Materias Primas, que traería una serie de acuerdos asociados avalados por un Fondo Común para financiar la puesta en marcha de los *stocks* necesarios. En aquel momento, muchos economistas del desarrollo creían que el programa integrado podía proveer un empuje realmente importante a las perspectivas de desarrollo de muchos países pobres, ayudando a implantar una nueva era de comercio justo. Sin embargo, el mismo hecho de que se propusiera se debió principalmente a los problemas puntuales que enfrentaban las economías ricas del mundo.

Finalmente, el aumento de los precios del petróleo resultó en un declive de la actividad industrial, una caída en los precios de materias primas y, casi inmediatamente, una pérdida general de interés en el Programa Integrado de Materias Primas por parte de las principales potencias económicas. Lo que se estableció finalmente, a lo largo de los años 70, fue una leve sombra del programa original, y tuvo un impacto limitado a medida que la era del libre mercado se impuso en los años 80. La pérdida de aquel programa nos recuerda que, en tiempos de crisis económica, las perspectivas de las comunidades pobres raramente se tienen en cuenta en las políticas de recuperación de los estados ricos del mundo.

Este comportamiento ha alcanzado casi proporciones grotescas en la crisis actual, con los estados ricos deseosos de comprometer más de un trillón de dólares para rescatar a sus propios sistemas bancarios en crisis. Se trata de desembolsos financieros enormes comparados con los que se comprometen a los Objetivos de Desarrollo del Milenio de las Naciones Unidas.

Respuesta a la crisis actual

Aunque la crisis actual no tiene paralelismos históricos directos, la tendencia indica que las economías más fuertes se ocuparán en primer lugar de responder a sus propios problemas. Buena parte de ello se producirá al nivel de los estados individuales, como la reciente intervención del Gobierno de Estados Unidos en los mercados hipotecarios y de seguros, así como numerosas intervenciones en toda Europa. Es también probable que haya cierto grado de cooperación entre los estados más ricos del Atlántico Norte, el grupo formado principalmente por los miembros de la OCDE.

La experiencia indica que el énfasis se pondrá casi enteramente en las preocupaciones nacionales más que en la comunidad global. Aunque esto puede proporcionar cierto respiro entre los sectores pobres de las poblaciones de los estados ricos, no ayudará a las amplias capas de población empobrecida de la mayor parte del mundo. Además, es improbable una acción ulterior para limitar la deuda del tercer mundo y casi por seguro se producirá presión sobre los presupuestos de la ayuda. Incluso temas clave como el cambio climático y el riesgo de los conflictos por recursos es probable que salgan de la agenda política.

Las implicaciones que esto tiene son graves: cualquier obstáculo para facilitar el desarrollo sostenible en los países del Sur aumentará la inseguridad humana y el sufrimiento. Además, cualquier limitación a encarar la cuestión urgente del cambio climático sólo añadirá problemas al Sur a medida que los dañinos efectos del cambio climático aumenten su impacto. Algunas de las economías mundiales más frágiles, desde la mayor parte de África al sudeste de Asia, sufrirán recesión económica y el impacto del cambio climático. De forma más general, el sentido de agravio que ya existe en varios continentes se reforzará por la percepción de que las economías dominantes tienen poco o ningún interés en la mayor parte de la población mundial.

Sin embargo, también es posible que la crisis actual desencadene una reconsideración seria de cómo ha evolucionado la economía mundial en las últimas tres décadas. En esencia, se pone en cuestión la naturaleza del libre mercado globalizado, mientras se incrementan las demandas de reformas considerables. La razón de esto bien pudiera ser la forma en que el libre mercado ha permitido que se desarrolle la actual crisis de liquidez y confianza en las economías ricas, más que el hecho de que el libre mercado ha aumentado las divisiones socioeconómicas. En qué medida se implementarán las reformas dependerá en cierto grado de la profundidad y duración de la crisis actual, pero en el momento de cerrar este informe (principios de octubre) existen indicios de que puede ser severa y prolongada.

De todo esto pueden surgir reformas que no sólo respondan a la crisis del sistema bancario occidental sino que también atiendan las desigualdades globales más profundas que se han desarrollado en los últimos años. Para que esto ocurra será necesario que exista un cierto grado de sabiduría política por

parte de algunos gobiernos nacionales, acompañada de propuestas visionarias por agencias intergubernamentales, como algunas de las agencias especializadas de Naciones Unidas. Hay ejemplos pasados notables, como el Plan Prebisch sobre comercio y desarrollo que promovió UNCTAD en sus primeros trabajos en 1963, el Programa de trabajo en medio ambiente sobre la capa de ozono a mediados de los años 80 y el trabajo intergubernamental más reciente en cambio climático.

Sin embargo, hay pocas perspectivas de cambio efectivo si se deja solamente a los gobiernos y las agencias intergubernamentales. Los estados ricos mirarán por sus propios intereses, y su influencia en las organizaciones intergubernamentales puede limitar nuevas propuestas. Lo que es esencial es la acción sostenida de las organizaciones no gubernamentales como parte de una sociedad civil más amplia. Responder a la crisis actual puede tanto ser un proceso limitado a los estrechos intereses nacionales de los estados más poderosos o se puede ver como una oportunidad de reforma del sistema económico mundial que beneficie a la mayoría. La ventana temporal se extiende de los próximos dos a cinco años, la duración probable de la crisis actual, y está mucho en juego.

Paul Rogers es Profesor de Estudios de Paz en la Universidad de Bradford y Asesor de Seguridad Global del Oxford Research Group (ORG). Sus informes mensuales de seguridad internacional están disponibles en Inglés y Español en el sitio web <http://www.oxfordresearchgroup.org.uk/paulrogers.htm> y los visitantes pueden suscribirse para recibirlos via e.mail mensualmente. Estos informes son distribuidos sin cargo y sin fines de lucro, pero por favor, considérese hacer una donación al ORG si Ud. se encuentra en condición de hacerlo. Traducido al castellano por Nuria del Viso.
